

Trabajo ganador Premio Nacional de Periodismo

Ratzinger entra al cónclave
como el papable N° 1

Autor: Pablo Hiriart
Categoría: Crónica
Medio: La Crónica de Hoy

Ratzinger, cardenal del “no”, ya es Papa

(2005-04-19)

Después de la misa de hoy en la Basílica de San Pedro, en la que fue el centro de atención de la prensa mundial y sobre todo de sus 114 colegas cardenales que lo acompañaron en la liturgia, se puede decir sin sombra de dudas que el alemán Joseph Ratzinger entró al cónclave como el papable número uno.

Al final del día, sin embargo, una fumarola negra que escapó por la estrecha chimenea de hojalata que sale del tejado de la Capilla Sixtina avisó a la multitud congregada en la Plaza del Vaticano que “la voluntad del espíritu santo” no era tan expedita y que nadie gana a la primera.

Sin demérito de lo que ocurra en las siguientes horas, este cónclave inició bajo el sello rudo del prefecto de la Congregación de la Doctrina y de la Fe, Joseph Ratzinger.

Es el decano del Colegio cardenalicio. Es de los pocos que ha participado en la elección de un Papa, y sabe mejor que muchos cómo se da ese proceso en que los cardenales optan por uno de ellos para sentarlo en el trono de San Pedro. Es visto como el candidato de la continuidad de uno de los Papas más queridos de historia, Juan Pablo II.

Además, tuvo el privilegio de ser el único cardenal al que sus 114 colegas electores escucharon hoy dar su visión de la Iglesia en el mundo antes de entrar al cónclave. Cuando ingresaron a las votaciones, la última palabra que oyeron sobre su misión en la Tierra fue la de Joseph Ratzinger.

En su homilía de esta mañana, Ratzinger pintó en dos cuartillas y media un retrato de lo que sería su papado. Rechazo a la modernización bajo el lema de una Iglesia adulta. “Iglesia adulta no es la que sigue una moda ni la última novedad, sino la que tiene una fe profundamente arraigada en la misericordia de Cristo”, dijo.

Quedó claro que hoy Ratzinger le dijo al mundo y a los cardenales presentes que él es el candidato de la continuidad de Juan Pablo II.

En punto de las diez de la mañana inició la procesión de cardenales en la Basílica de San Pedro rumbo al altar para la misa que marcó el inicio del cónclave y, gracias a una confusión fortuita con unos Legionarios de Cristo, fue posible entrar hasta la mitad de la nave central y permanecer pegados al pasillo por donde iban pasando uno a uno los cardenales electores.

Vimos a Norberto Rivera Carrera avanzar con expresión serena, y a otros sonrientes pero con movimientos faciales nerviosos, como el cardenal hondureño Andrés Rodríguez Madariaga. La tensión andante era el Vicario de Roma, Camilo Ruini, la segunda carta de la curia romana en caso de que Ratzinger sea frenado por los cardenales que quieren la renovación de la Iglesia.

Al final de los 115 cardenales que iban dejando tras de sí un familiar olor a ropa recién planchada, entró Ratzinger con su estampa de Papa medieval y la mirada fija pero muy distante de todos los presentes. Mientras caminaba, fue posible reconocer la inconfundible mirada del poder, clavada en el trono de San Pedro.

Luego de la misa, quedó abierta al público la Basílica con sus 500 columnas, sus treinta cúpulas, sus 430 estatuas y sus 40 altares menores.

Afuera de la Basílica todo es espera, especulación y entusiasmos nacionalistas de los que llegan con banderas a la explanada de la Plaza de San Pedro. Toluqueños con una bandera de México comenzaron a corear el futbolero “Mé-xi-co-Mé-xi-co” frente a un grupo que venía con la bandera de Portugal, mientras los hondureños hacían ondear la suya junto a un contingente de africanos que saltaba con su bandera verde y blanca.

Y allá arriba, del lado derecho si se mira de frente a la Basílica, está el Palacio Apostólico, donde viven los Papas. Ese edificio principal de la ciudad del Vaticano tiene 12 mil 523 ventanas, pero poco más de una docena miran hacia la Plaza de San Pedro, Y de esas pocas ventanas, una es la importante: la habitación y el despacho de los Papas de la cristiandad.

Hoy, sólo esa ventana tenía las persianas abiertas. Por ahí el Papa imparte la bendición los domingos. Y por ahí se han asomado los Pontífices no sólo a bendecir al pueblo católico, sino a cuestiones más terrenales como Pío XII, que a las seis de la mañana con dos minutos salía a su ventana a respirar “el aire vivo y helado de la desierta Plaza de San Pedro” y dos minutos después desaparecía en el interior de su recámara, como lo apuntó hace casi medio siglo un reportero colombiano de nombre Gabriel García Márquez.

A esa ventana con persianas abiertas que teníamos enfrente de nosotros, Paulo VI le abrió el pestillo para ventilar su estudio al cabo del cigarrillo número diez que se fumaba todos los días de su pontificado. Bastante menos que la cajetilla que fumaba diario antes de ser elegido Papa.

Esa ventana, la única abierta el día de ayer, era la que casi siempre tenía la luz encendida durante el papado de Juan XXIII.

El grueso y bonachón Pontífice se acostaba a las diez de la noche y dormía únicamente tres horas, pues su despertador sonaba a la una de la madrugada porque a esa hora le gustaba leer y escribir. A las seis reposaba media hora y proseguía su trabajo en alguna de las mil 400 habitaciones del Palacio Apostólico o despachaba citas en paseos prolongados por algunos de sus 20 patios interiores.

En eso estábamos hoy buena parte de los tres mil 500 periodistas acreditados para cubrir el cónclave: observando la Plaza que se llenaba de fieles y de curiosos. Unos, los de las grandes cadenas de televisión apostados en tiendas de campaña en la loma de la Universidad Urbaniana, espacio por el que pagan diez mil dólares al día a fin de tener la instantánea del humo blanco.

En la Plaza de San Pedro, otros contingentes de fotógrafos menos presuntuosos esperan con paciencia de pescadores recostados en el obelisco que está en el centro de la explanada.

Ese obelisco, de 23 metros de altura y 320 toneladas de peso no tiene inscripciones antiguas que le dé algún valor visible a su desabrida longitud. Pero tiene su historia: Calígula lo trajo de Egipto y luego Nerón lo puso en su circo, ahí en la colina vaticana, donde fueron sacrificados cristianos, sometidos a suplicios inhumanos, pues el emperador los acusó del incendio de Roma.

Ahí, presumiblemente delante de ese obelisco fue sacrificado Pedro. Y por eso remata con una cruz en la punta: es la victoria de los cristianos sobre la persecución de ese emperador sanguinario que se clavó la espada no muy lejos de aquí, donde ahora se levanta el altar de Santa María del Popolo.

De pronto, a las ocho de la noche con cinco minutos, luego de una hora y quince minutos de votación, se oyen gritos y la gente corre hacia las pantallas gigantes porque de la chimenea de la Capilla Sixtina sale un hilo de humo que no se sabe si es blanco o es negro.

Por todos los lados de la Plaza se siente el alborozo y los gritos de emoción ante la fumarola que empezó blanca y al cabo de una confusión de diez segundos se puso negra como el carbón.

Nada por hoy. Y las banderas se recogen mientras la multitud se retira en un mar de especulaciones sobre si la oportunidad de Ratzinger se había quemado al no ganar a la primera, con todo el impulso que traía.

“No todo está perdido para quienes desean una Iglesia más cercana a las preocupaciones de los fieles, que se abra al mundo moderno, que recuerde que fundada por el hijo de un carpintero y la estructuró en la tierra un humilde pescador galileo”, nos dice un laico que nos acompaña de manera ocasional en el trayecto de regreso al hotel.

“Ningún favorito pierde a la primera”, nos había dicho un sacerdote español en el centro de la Plaza.

Y ahí se quedó vacía la Plaza de San Pedro, esa que tiene el obelisco que recuerda a los cristianos que con su muerte triunfaron, como Pedro y Pablo, cuyas estatuas permanecen ahí.

Vacía se quedó la Plaza de San Pedro, esa que en 1492 fue escenario de una corrida en la que se lidiaron cinco toros bravos por órdenes del Papa Alejandro VI para festejar la expulsión de los moros de España.

Ratzinger, cardenal del “no

(2005-04-20)

Cuando las tropas del III Reich ocuparon Roma, se detuvieron justo en la línea blanca que marca el inicio del estado Vaticano y no entraron a la Plaza de San Pedro. Hitler no podía imaginar que un joven oficial de su artillería antiaérea sería investido, en poco más de seis décadas, como Sumo Pontífice del mundo católico y ocuparía el trono de San Pedro en medio de una atronadora y emotiva aclamación para un papado que ya es histórico.

A las 17: 45 horas apareció la fumarola blanca sobre la capilla Sixtina y las campanas de la Santa Sede repicaron para anunciar que ya había Papa. En poco más de una hora, el cardenal alemán Joseph Ratzinger aparecía en el balcón central llevando en la mano la cruz procesional que han usado sus antecesores y bendijo a la ciudad y al mundo bajo el nombre de Benedicto XVI.

Un hombre típico del Siglo XX, Ratzinger debió ingresar al partido Nazi porque en un régimen totalitario como éste y como otros no hay salida. Es a fuerza. Y fue enrolado como oficial del cuerpo de baterías antiaéreas a la frontera austrohúngara, donde desertó cuando todos desertaban, en abril de 1945, en medio de la caída del Reich y de su Führer.

Por eso es histórica la elección de Joseph Ratzinger en la tarde de hoy.

Sucede en el papado a Karol Wojtyła, que en 1939 se enlistó en el ejército polaco para frenar el avance alemán que entraba por el este, pero no llegó a combatir porque su columna fue detenida por una unidad de carros blindados del ejército nazi, y por el hambre en el inicio del otoño.

Hoy, aquí en la plaza de San Pedro, se escenificó la más grande y quizá la última y definitiva metáfora de la reconciliación mundial después de la II Guerra.

Se cerró el capítulo del ostracismo de Alemania después de los crímenes de los nazis.

La reconciliación que presenciamos esta tarde nublada y llena de emociones en el Vaticano, no es con el nazismo y sus barbaridades, porque Ratzinger no era una cosa ni otra. La reconciliación consistió en poner fin al anatema que condenaba a todos los alemanes por lo que hicieron sus antepasados.

Cerrada quedó la herida en la que los cristianos también pusieron su cuota de sangre: más de mil católicos fueron encarcelados por la Gestapo y 304 seminaristas fueron enviados al campo de concentración de Dachau.

Un polaco y un alemán, Karol Wojtyła y Joseph Ratzinger, operaron este cierre de heridas con una alianza tácita que llevó a ambos a ocupar el trono de San Pedro.

En el cónclave anterior, cuando dos cardenales italianos Siri y Benelli se disputaban la delantera para suceder a Juan Pablo I, el cardenal austriaco Franz Köening y el alemán Joseph Ratzinger operaron esa división de los preladados italianos para que el ganador fuera Wojtyła.

Ya en el papado, Wojtyła puso a Ratzinger al frente de la Congregación de La Doctrina y la Fe. Le dio las llaves de la ortodoxia y de la teología, desde donde salió como el prospecto número uno para ganar la silla de San Pedro con toda facilidad, en una de las elecciones más cortas de la historia del Colegio Cardenalicio.

Buena noticia para el mundo fue la elección de Ratzinger, por su significado histórico. Aunque está por verse si también es una buena noticia para la Iglesia católica.

Por ahora todo es euforia que llegó hasta las lágrimas en la Plaza de San Pedro cuando se anunció que este cardenal bávaro de mano dura y vida humilde sería el nuevo Jefe de la Iglesia.

Él, como apuntamos ayer, ya sabía que tenía el papado al alcance de la mano.

Tan lo sabía que el día en que Ratzinger entró al cónclave, le dijo a su chofer personal a manera de despedida. “Sé que entro aquí, pero no sé si salgo vivo”, cuenta el ahora seguro desempleado, parroquiano de la Iglesia de la Virgen de Guadalupe aquí en Roma. Tan sencillo dicen que es, que un par de días antes de encerrarse en el cónclave, al caer la noche fue descubierto por unos jóvenes Legionarios de Cristo en una calle próxima al Vaticano. Al verle cuchichearon sobre su presencia en la otra acera y Ratzinger cruzó la calle, los saludó de mano y les dijo cinco palabras serenas: “Por favor recen por mí”, cuenta a Crónica el joven e ilustrado sacerdote jalisciense Noel Lozano.

Habrán que ver, decíamos, si el campeón de la ortodoxia y la mano dura que hay detrás de su humildad, es bueno para los cristianos. Hay que ver si lo que necesita la Iglesia es más cerrazón y no más apertura.

Para muchos, la victoria de Ratzinger es el triunfo del

Evangelio del No.

* No a la renovación de la Iglesia.

* No a autorizar a las mujeres para ejercer el sacerdocio.

* No a poner un freno a la identificación de Iglesia de Roma con riqueza y ostentación.

* No a borrar las dudas acerca de que la Iglesia está con todos, pero especialmente con los que menos tienen y los que más sufren.

* No a que el Papa ejerza su influencia moral para que los países ricos destinen más recursos al desarrollo de los países pobres.

* No al control natal y a la planificación familiar.

* No al uso de preservativos para frenar la pandemia del Sida que se expande como nunca en los países católicos de África.

* No a revisar el celibato sacerdotal.

* No a quitar la excomunión a los divorciados.

* No a dar mayor autonomía a los obispos.

* No a la reconciliación de la Iglesia con la ciencia.

* No a la eutanasia para evitar sufrimiento innecesario a los enfermos terminales.

Todos esos No implican la llegada de Joseph Ratzinger al trono Vaticano

Habrán que ver si la Iglesia aguanta.

La que se veía hoy en la explanada de la Plaza de San Pedro, parecía dispuesta a todo. La algarabía era delirio jubiloso cuando el humo blanco se hacía cada vez más blanco y sobre todo cuando las cinco campanas de la Basílica sonaron juntas para dar el anuncio de que ya había nuevo Papa.

Allá adentro, en la capilla Sixtina, el cardenal Angelo Sodano le recordaba a Ratzinger las palabras que Cristo le dijo a su elegido: “Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia”.

Afuera no se conocía el nombre del nuevo Papa, pero se intuía. Un sacerdote con los ojos llenos de lágrimas intentaba explicarnos que la rapidez con que se resolvió el nombramiento fue un mensaje de unidad no en torno al elegido, sino en torno a Pedro.

Y remataba con una agitada premonición, casi a gritos porque en la Plaza el ruido era creciente, disparejo y eufórico: “Si es Ratzinger, voy a llorar como un becerro”.

De pronto casi todos en la explanada vaticana parecían poseídos por un extraño misticismo. Al mirar hacia atrás vimos que en un abrir y cerrar de ojos la Plaza se había llenado de gente, de gritos, de banderas y de lágrimas.

Mayor aún fue la explosión de júbilo cuando el cardenal chileno Jorge Medina Estévez salió al balcón, dijo que ya había Papa y pronunció con fuerza el apellido Ratzinger.

Be-ne-dic-to-Be-ne-dic-to, coreaba la plaza cuando Ratzinger impartió la bendición urbi et orbi. La multitud, definitivamente, se le había entregado sin necesidad de oírlo.

Pura felicidad era la que expresaba la grey católica reunida en San Pedro. Una muchedumbre de europeos fascinados con el nuevo Pontífice al que aclamaban como su líder y guía.

Una muchedumbre de europeos que, sin embargo, se ve a la primera que planifican su familia. Que viven libremente su sexualidad. Que usan preservativos. Que son respetuosos con los homosexuales. Que si es necesario se divorcian. Que conviven o respetan por otras expresiones espirituales como el budismo.

Esos fieles que el nuevo Papa considera infieles, son los que mayoritariamente lo aclaman.

Por eso al dejar la plaza para escribir esta crónica, me acordé de la pregunta que alguna vez leí que le hizo Juan Pablo II al cardenal Tucci, el jesuita que le organizaba buena parte de sus viajes por el mundo: “Eminencia, qué queda de mis viajes pastorales?”

Y la respuesta: “Poco, Santidad. La gente escucha al cantante pero no la canción”.

phiriart@cronica.com.mx

amente, por vez primera, la magnitud de su infortunio. Aún hoy, a ella la pasma el milagro de estar viva. Karen no sobrevivió, como tantos otros, porque haya estado en las alturas de una colina, buceando en mar abierto o en el acogedor arrullo de un barco en altamar, donde las olas, paradójicamente, fueron imperceptibles. Fue revolcada, herida, casi succionada por el mar y, pese a todas las adversidades de esta tragedia colectiva, ella vivió para contarla. Hay quien dice, señala, que soy un milagro viviente, que volví a nacer. Quizá es cierto. Mi vida cambió para siempre. Ya no soy la niña que fui, he sido tan fuerte que ni yo misma me reconozco. No soporto que nadie me tenga lástima. Sé que otros que pasaron por lo mismo que yo, se quedaron en el camino y murieron. No sé por qué me tocó a mí sobrevivir, pero he decidido agarrarme fuertemente de la vida. Seguramente aún tengo algo importante que hacer; y lo haré, estoy segura. Esquinas ciegas del destino La historia de Karen Michan está abismalmente separada por un antes y un después. A los 19 años, en la boda de su hermano, conoció a Jacobo Hassan. No fue amor a primera vista, tardaría en aceptar sus llamadas, pero una vez que salió con él, se enamoró de su capacidad de reírse hasta de sí mismo. A los tres meses de noviazgo, en septiembre del 2003, mirando un partido de fútbol americano, él le propuso matrimonio. Dudando que pudiera ser una broma, ella vacilante aceptó. Planearon la boda para el 27 de noviembre del 2004, sin embargo, esa fecha resultó inoportuna, se casaba un familiar cercano. Así empezaron a concatenarse los eslabones fatales que los condenarían a estar en Phi Phi, como una cita señalada, el día y la hora de la adversidad. La boda fue reprogramada para el 4 de diciembre. Guillermo, un agente de viajes que prometía hacer lunas de miel inolvidables a precios de ganga, les aconsejó viajar a Oriente. Incluyó en el itinerario San Francisco, Hong Kong, Shangai, Bangkok, Phuket, Phi Phi, Singapur, Kuala Lumpur y Bali. Casi todos los nombres les resultaban exóticos, desconocidos. Sobre todo la isla de Phi Phi, que luego sabrían que su popularidad reciente obedecía a que Leonardo di Caprio, ídolo de jovencitas, filmó ahí en el 2000 la película “La Playa”, donde Richard, un mochilero americano, descubría ese paraíso en la tierra: playa perfecta, virgen e inaccesible. Más de un amigo, incluyendo a Isaac el hermano de Karen, les aconsejó que no pernoctaran en Phi Phi, si acaso podían visitar la isla en un ferry desde Phuket. “Ahí no hay nada, es tan virgen que con un día de sol y playa basta; mejor aprovechen sus días en otros lados”, les decían. Ninguno de los dos quiso escuchar. Cuando Karen y Jacobo supieron que era el escenario de “La Playa”, se convencieron que en ese idilio paradisíaco querían pasar dos o tres días de inolvidable romance. Como no les interesaban los deportes acuáticos ni los arrecifes de coral, sería el toque de luz de su luna de miel. Ella cursaba el 3º semestre de la carrera de comunicación, tenía 20 años. Él, siete años mayor que ella, se esforzaba por sacar adelante su pequeño negocio de computadoras. Forjado a la vieja usanza, insistía que la mantendría para siempre. Si ella quería trabajar, sería sólo para pagar “sus caprichos”. En esa “página anterior”, las aspiraciones de Karen eran llanas: sólo amarlo, hacerlo feliz. Todo miel sobre hojuelas. Antes de la boda, ella y Jacobo contrataron a un fotógrafo para conservar sus últimas sonrisas de soltería. Acordaron vestirse igualitos: con jeans y camisa blanca. Tomados de la mano en un parque de las Lomas de Chapultepec, se besaron entre el verdor de los árboles, se arrullaron en un puente colgante, y como niños, se treparon en aros y resbaladillas. La imagen que más les gustó de entre todas las del amplio estudio fotográfico, decoró la entrada al Salón de Fiestas donde se festejó la boda. Paradójicamente, tres semanas después, a partir del día 27 de diciembre, sería la misma fotografía que Karen colocaría en todas las paredes posibles de Phuket con el fin de pedir informes del paradero de Jacobo. Como una metáfora maltrecha, esa imagen –Jacobo sonriendo distante, sentado en un vulnerable columpio, apenas suspendido por frágiles eslabones; Karen de pie, bien fincada sobre la tierra, su mirada de frente, sus brazos rodeando a Jacobo como si pudiera mantenerlo eternamente cerca–, sería la que daría la vuelta al globo en noticieros televisivos de CNN o en las portadas de los principales periódicos del mundo. Desde Estados Unidos y Alemania, hasta Argentina e Israel, incluyendo los periódicos mexicanos del Grupo Reforma, se destacaba esa fotografía con el fin de dar rostro a las víctimas del tsunami. A medida que pasaron los días, muchos alrededor del mundo se congojaron con la tragedia de esta joven pareja. Rogaban que un milagro mantuviera también a Jacobo con vida. MAÑANA: Las despedidas.

Las despedidas (Parte dos)

por Silvia Cherem S.

Karen odia el mar, es marinera de tierra firme. Al llegar al puerto de Phuket la mañana del 25 de diciembre, Jacobo y ella se informaron que el viaje a Phi Phi en lancha particular, con no más de quince personas, duraba una hora y media; a diferencia del ferry, más barato y para 200 pasajeros, que demoraba tres horas en recorrer los 48 kilómetros de distancia entre ambas islas. Contabilizando el tiempo de posibles mareos, decidieron limitar el viaje al mínimo. Optaron por la lancha, aunque en ella no cabría todo su equipaje. En el muelle dejaron encargadas un par de maletas para el regreso. Ahí en Phuket se quedó lo poco que sobreviviría a la luna de miel y que hoy Karen guarda con un celo profundo: un llavero en forma de corazón, souvenir de China, baratísimas copias de bolsas de marca que compraron en Hong Kong, las filacterias de rezo de Jacobo, la única foto que sobreviviría de la luna de miel y que les tomaron en Shangai, chamarras invernales y un par de pijamas. La lancha en la que viajaron, pequeña e inestable, se movió mucho más que el ferry. Karen pasó el viaje vomitando. Al llegar, quizá anticipando lo que hubiera podido decirle a Jacobo la siguiente mañana, ella pronunció una frase lapidaria: “Creo que hoy es el peor día de mi vida”. La lectura de los sucesos, irremediamente está condicionada por lo que luego sucedería. Karen piensa, por ejemplo, que Jacobo se despidió de todos sus seres queridos. Unos días antes, desde Shangai, sólo él pudo comunicarse a México y curiosamente encontró a su familia reunida. Habló con todos. Luego, el día 24 de diciembre, en un café internet en Phuket, se sentó a escribirle un mail amoroso a Karen y un cariñoso recuento del viaje a sus amigos, mensajes que, en casi todos los casos, fueron recibidos cuando Jacobo ya había muerto. A diez destinatarios, entrañables y cercanos, les escribió: “Hola a toda la banda, cómo están, espero que bien, nosotros estamos en phuket, tailandia, y mañana salimos hacia phi phi island, está todo de poca madre, la estamos pasando increíble, la huevita esta sabrosa, espero que me contesten este mail con buenas nuevas de todos y mándenle mis saludos a sus esposas y novias y a todos los demás que no tienen mail. Saludos cuídense jacobo y karen hassan p.d. feliz hanuká, navidad, año nuevo.” En ese mismo café internet, al abrir su correo electrónico se enteró de algo que, piensa hoy Karen, quizá hubiera podido modificar su destino. Guillermo, el agente de viajes, le escribió que temiendo que los hoteles de Phi Phi no respetaran las reservaciones porque la isla estaba atiborrada, pagó las noches de hotel en el PP Princess. Señalaba que tuvo el atrevimiento de usar el número de la tarjeta de crédito de Isaac, el hermano de Karen. Esperaba que no se molestaran por no haberlos consultado. Jacobo entró en cólera. ¿Con qué derecho había cargado su habitación en una tarjeta ajena? Karen lo calmó: “No te enojas, nos garantizó el cuarto”. Es posible que si no hubieran pagado de antemano, dice ella, hubieran tenido que regresar a Phuket la noche previa al devastador tsunami. Hoy, todo son suposiciones. La cita con el destino estaba ya pactada. El paraíso Phi Phi Phi Phi, cuyo nombre deriva del término malayo para isla, es el término con el que se designan seis minúsculas islas declaradas Parque Nacional en 1983, colmadas de manglares y en su mayoría deshabitadas: Phi Phi Don, Phi Phi Ley, Bida Nok, Bida Noi, Koh Yung y Koh Phai. El desarrollo turístico se limita sólo a Phi Phi Don, una isla de no más de 8 kilómetros de largo y 2.5 de ancho que, vista desde las alturas, asemeja una voluminosa pesa, como las que usan los fisioculturistas. Dos circunferencias de verdes colinas arrugadas, tapizadas de exuberante vegetación, están unidas por un estrechísimo istmo de arena blanca, que abraza por el norte la bahía Loh Dalum, y por el sur la bahía Tonsai, formando dos playas privadas con piletas de transparente agua esmeralda y preciados arrecifes de coral. Esa franja de arena, denominada “el village”, donde había una decena de hoteles con bungalows a pie de playa, es tan angosta que, si se pateara con fuerza un balón de fútbol, éste podría llegar de una costa a la otra. Cuando el tsunami entró por ambas bahías, primero por la del sur, y luego rematando con otra monumental ola por el norte, arrasó con casi todas las construcciones de esta franja paradisíaca. Inclusive con el mercado central y algunas de las flexibles palmeras. Sólo sobrevivieron los escasos hoteles en las altas colinas, donde había cabañas salpicadas entre la lujuriente vegetación tropical, sobre densas plantaciones de cocoteros y árboles de caucho. Algunos de quienes ahí se hospedaron, ni siquiera se enteraron que en las costas acababa de suceder un infierno. El arribo Karen y Jacobo llegaron a Phi Phi alrededor de las cinco de la tarde del 25 de diciembre. Al arribar al muelle, constataron que no había coches, bicicletas, ni ningún medio de transporte público. Arrastrando las maletas, caminaron al PP Princess. El calor era insoportable, alcanzaba los 40 grados celsius. A Karen, por ser compradora compulsiva de baratijas chinas y tailandesas, copias de lo inimaginable, era a quien más le tocaba cargar. El recepcionista del hotel les contó que Phi Phi, por vez primera en su corta historia, estaba a reventar: seis mil turistas se sumaban a los seis mil tailandeses locales. Caminaron cerca de diez minutos para llegar a su bungalow. De entre la centena de cabañas que tiene el hotel, les tocó la número 18, la última del lado norte. Curiosamente, 18 significa vida en hebreo, y ellos, al llegar, así lo constataron. El paisaje era tan espectacular que se congratularon de estar en Phi Phi. Para admirar la puesta de sol, se tiraron en la playa y desempolvaron sus libros: ella, uno de Sidney Sheldon, él una novela de Danielle Steel. Junto a ellos, unos jóvenes jugaban gozosos al fútbol. La marea parecía bajar; el atardecer era sublime. De repente, sin mayor preámbulo, Jacobo empezó a filosofar. Era insólito, no era su estilo. Le cerró el libro a Karen y le dijo: “Sabes, bebush, si algo a ti te pasara, yo me moriría”. A Karen la desconcertó. “¿De qué hablas?” “No sé –continuó–, pero quisiera morirme junto a ti”. “Ya Jacobo. No me echas ese rollo, sabes que hablar de la muerte me da pánico. Yo también estoy feliz contigo”. “No importa Karen, escúchame –insistía él–, quiero que te cuides, no podría soportar el dolor de perderte”. Era una conversación que pudo pasar al olvido. Era fruto del gozo, de la paz de estar juntos, de amarse y festejar la suerte de coincidir en el tiempo, de estar vivos en un paisaje magnificante. Era finalmente producto del temor al futuro incierto. Tan incierto que tan sólo a la mañana siguiente, Karen, haciendo uso de la memoria, caprichosa y selectiva, empalmaría nuevamente los capítulos para darle sentido a su vida. Mañana: El infierno.

El infierno (Parte tres)

por Silvia Cherem S.

A las 9 de la mañana del 26 de diciembre, sonó la palm que usábamos como despertador. Jacobo no se quería despertar, yo lo empujé de la cama. Después de casi tres semanas de viaje, al fin iba yo a poder desayunar un buen plato de frutas. Teníamos pagado el buffet de desayuno, y lo retiraban a las diez. No podíamos faltar. Estaba ya harta de la comida oriental y de desayunar pizzas, sopas Maruchan y papas de cebolla que comprábamos en los Seven Eleven, cadena comercial que prolifera en Asia. Fue ése el despertar de la pareja el día fatídico. Después del almuerzo frugal, caminando de regreso a su bungalow, quizá a las 9:40 de la mañana, Karen constató que la marea que ella vio distanciarse la noche anterior, estaba ya en su sitio. Jacobo dijo que quería aprender a bucear, iría luego a informarse. Al regresar a la cabaña, él se metió al baño, Karen se recostó. Se había puesto su pareo al revés, sobre el bikini, y éste comenzó a picarle. La comezón la levantó de la cama. Aunque le tiene fobia a los gatos, se le ocurrió buscar a una gatita que la noche anterior se paseaba con sus crías frente a su terraza. Al asomarse vio a mucha gente correr, alejándose del mar. Una barra de bar, justo frente a su cuarto, le obstaculizaba la vista del horizonte. Los gritos eran ensordecedores. No entendía. En ese instante, escuchó una explosión como si un jumbo se hubiera estrellado contra la isla o como si una bomba hubiera detonado sus explosivos en el mar. Karen le gritó a Jacobo: “Corre, la gente está huyendo, no sé que pasa”. Alcanzaron todavía a salir. Para tener visibilidad, saltaron al bungalow vecino. Karen ya no alcanzó a mirar atrás. Se enfilaron al pasillo para alcanzar la otra costa. La última imagen que recuerda haber visto es la de un mundo de gente corriendo, atiborrándose entre las cabañas, queriendo llegar al otro lado. Ella nunca vio que la marea se alejara, o el arribo de la mortífera ola. Sólo registró en su memoria a una señora, que hubiera podido ser su madre, parada en la barda de su terraza, gritándole con desesperación a su esposo y siendo estampada por la fuerza del mar contra las paredes del bungalow. El tsunami no dio tregua. La ola había viajado en mar abierto a más de 900 kilómetros por hora, desde que había sido desplazada por un temblor submarino, y llegó a estallarse con menor velocidad y mayor altura en las costas de la isla. Tanto los que vieron el frente de la destructiva ola, como los que no tuvieron tiempo de tasarla, igualmente fueron succionados por ella. Antes de llegar al PP Princess, el último de los hoteles en la playa norte, la cortina de agua que entró por Loh Dalum Bay ya había arrastrado a todos los turistas que estaban en la playa. Sorprendió a los huéspedes del View Point, Pavillion y Charlie Beach, inclusive a los que aún dormían plácidamente en sus camas. Nadie sabía que la ola sísmica había ya entrado por el sur, y le llevó sólo unos segundos revolver sus aguas con la otra ola gigantesca que luego entró por el norte. Así, quienes lograron huir de la mortífera cortina de agua de un lado, chocaron con quienes desesperados corrían del otro. Todos finalmente fueron acosados, no hubo escapatoria. Karen y Jacobo fueron de los últimos en salir corriendo, quizá los últimos. La gente adelante de ellos ya estaba luchando con las fauces del agua, muchos de ellos ahogados. Antes de que sus pies dejaran el concreto para comenzar a rozar la arena, Jacobo abrazó a Karen. El gigante muro de agua, veloz e iracundo, así los alcanzó. Comenzamos a revolcarnos juntos. Jacobo me pellizcó mi brazo izquierdo, luego se soltó. Era imposible seguir abrazados, la presión era inaudita, tratábamos de llegar a la superficie, respirar. Con mi mano derecha yo lo buscaba, con la izquierda intentaba salir. Volteé mi mano hacia atrás y lo toqué. Estoy segura que lo toqué. Fue la última vez. La fuerza y velocidad del agua eran fulminantes. Karen se revolcaba en posición fetal, se sabía sola. Junto a ella, lacerándola, pasaban techos, ladrillos, paredes, vidrios, seguramente cuerpos, un mundo que buscaba esquivar y que no era capaz ni siquiera de reconocer. Quería respirar, quería salvarse. Jacobo, una noche antes se lo había pedido – quiero que te cuides, no podría soportar el dolor de perderte –, y esas palabras reverberaban en su mente. Pasó una eternidad bajo el agua y, cuando estuvo a punto de morir ahogada, su vida comenzó a proyectarse en flashazos en el interior de su mente. Todo era vertiginoso: su sobrino, hijo de su hermana, un pequeñito al que adora y que justamente ese día cumplía dos años, la saludaba, ¿era un adiós?. Jacobo la miraba amoroso, le ponía en su dedo índice el anillo de compromiso. Uno a uno, los invitados llegaban a la boda. Los mismos asistentes, igualmente trajeaditos, arribaban ahora al sepelio de la novia, se despedían. Sus padres echaban tierra sobre su cuerpo. Karen intentaba evadirse del luto, de la muerte. Pensaba: no lo puedo dejar... anoche se lo prometí... no puedo morirme. Cuando ya no podía más, comenzó a dejarse ir. En ese preciso instante, con tres o cuatro segundos de vida más, después de haber pasado más de dos minutos bajo el agua, milagrosamente logró sacar su cabeza. Jadeó, respiró profundamente. Un instante después ya estaba nuevamente luchando bajo el agua, deglutida por el mar embravecido que cobraba más y más víctimas. Con los ojos bien cerrados, como si ella supiera que sólo así protegía su vista del infierno, Karen siguió suspendida en un incierto limbo de volteretas, pesadumbre y angustia. Sola en la inmensidad del mar, no entendía qué clase de ola era ésa, pero, después de haber podido respirar, comenzó a tener la sensación de que se salvaría. Pasó cuatro prolongados minutos bajo el agua, con una compasiva interrupción intermedia donde inhaló cálido oxígeno. Karen finalmente salió. La ola la dejó suspendida, de espaldas al mar, sobre escombros que bajo sus pies culminaban en un suave colchón. Estaba a cerca de cuatro metros de altura de la playa misma, y como a medio kilómetro de donde el tsunami, la ola del puerto, la recogió. Abrió por vez primera sus ojos, respiró exaltada y comenzó a gritarle a Jacobo. Sus angustiosos gritos no cesaban: “Jacobo...Mi amor...¿Dónde estás, Jacobo?...No me dejes sola...Jacobo...Mi vida...Jacobo”. Sólo el cínico rugido del mar, lograba acallar sus desesperados lamentos. Su clamor era tan intenso que tardó unos segundos en poder escuchar a un hombre, a su lado, que gemía pidiendo ayuda. Entre vidrios rotos, techos de bungalows, puertas y vigas de madera, trozos de concreto que unos minutos antes fueron pared y cobijo, había un joven de 25 años con el rostro desgajado, no tenía un ojo y su cara estaba tan tasajada que la marea, al descender, se teñía de rojo. Desde el tobillo hasta la cadera tenía una herida a flor de piel, el hueso estaba desnudo. El joven se desangraba. Karen intentó desatorar una sábana de entre los escombros, ésta no cedía. No había ni un pedazo de tela para hacerle un torniquete, no había forma de salvarlo. “Help me, I’m dying”. Ella, desesperada, también en shock, trató de tranquilizarlo: “Were you alone?” “No, with my girlfriend”, respondió jadeante. “Help me, help me”. Murió a los pocos instantes. Ahí, junto a ella. Sólo hasta ese momento se atrevió voltear a mirar su propio cuerpo. También estaba herida, la sangre escurría por todas las rajadas, cerca de una decena entre el tronco, los brazos, dedos y ambas piernas. En su rodilla izquierda se alcanzaba a ver la rotula, pero podía moverla. Nada parecía estar roto. El mar a la distancia lucía tranquilo, sosegado, una tina esmeralda. Ya había destrozado, desgarrado las entrañas del mundo. Ahora parecía descansar. Maldito, hipócrita, te odio, le gritaba Karen al manso océano, mientras se

desgañitaba llamándole también a Jacobo. Tuvo entonces pánico que pudiera venir otra ola. Miró hacia la isla, desgajada y pestilente. Los caños se habían roto, el olor comenzaba ya a ser nauseabundo. Junto a ella había miles de peces y moluscos muertos, los humanos estaban enterrados bajo desechos, cascotes y montañas de arena. Karen alzó la vista y sobre la azotea de un edificio de tres pisos, no muy lejos, detectó que había unas doscientas personas gritando, gesticulando aterrorizadas. Algunos más, en un edificio más bajo, le llamaban a ella. Mañana: Deambulando para sobrevivir.

Deambulando para sobrevivir (Parte cuatro)

Por Silvia Cherem S.

Quienes aterrorizados advirtieron desde aquella azotea la devastación total, percibían con estupor la presencia de Karen. No podían creer que de aquellas aguas malditas renaciera esta mujer, esta Ave Fénix que surgía de las cenizas como pájaro mítico para ofrecer esperanza ante tanta muerte y destrucción. La miraban estupefactos, querían ayudarla, asegurarse de que pudiera sobrevivir. Karen tenía la vista nublada, trastabillaba, no paraba de gritarle a Jacobo. “Leave him”, “leave him”, le gritaban desde la azotea del edificio al constatar que ella trataba de jalar una sábana. Quizá ya no era para hacerle un torniquete al hombre que estaba a su lado, sino para cubrirlo y darle un respeto final. Ella entendió que debía irse. Dos jóvenes alemanes, atrás de una barricada de despojos, le indicaban cómo salir. Le señalaban el techo de un bungalow y el resto del trayecto que debía seguir para lograr alcanzarlos. Paso a paso, fue abriéndose camino. Llegó a sentir que entre los escombros pisaba cuerpos aún calientes. Deambulaba temerosa, espantada. Jacobo, Jacobo, insistía. Quería que donde quiera que él estuviera, supiera que ella lo llamaba, que estaba cerca. Seguía a pie juntillas las indicaciones de los alemanes, pero tropezó con el vidrio de una ventana. Éste se hizo añicos y ella cayó más de medio metro, hiriéndose aún más. Su vida seguía pendiendo de un hilo, sobrevivir parecía una quimera. El temor de los vivos era que el iracundo mar regresara insatisfecho. Karen se puso en manos de este par de alemanes. Su intención era ascender, alejarse del océano, elevarse hasta la cima de la montaña para ponerse a salvo. No parecía fácil. Había que colgarse de los edificios en ruinas para ir saltando de uno a otro. Karen ya no tenía fuerzas, pero no se dejaba morir. Hacía lo que le pedían. En un edificio maltrecho, vio al segundo muerto, un hombre sepultado por una placa de cemento. Ya no quería ver más; era ése sólo el principio. Nadie conocía a ciencia cierta la magnitud de la tragedia. Saltaba por inercia, entre balcones, azoteas y despeñaderos. Sus guías, que presenciaron ilesos el tsunami, insistían que el maremoto no tardaría en replicar. Perdieron casi todo, papeles e inocencia, pero ellos tenían la esperanza intacta. Karen sólo pensaba en Jacobo. Yo que era cobarde e insegura, ahí entre muertos y precipicios se me quitaron todos los miedos. Ni ella misma sabe de dónde sacó las fuerzas para soportar tanto dolor. Los jóvenes alemanes, musculosos y arremetidos, no cejaban. Su objetivo era ascender. Al llegar a un peligroso despeñadero, constataron que Karen, malherida, no lograría saltar. Decidieron sostenerla entre ambos en una silla tambaleante, así cruzaron el abismo. Ya luego, con maderas que fueron hallando a su paso, improvisaron vacilantes puentes. Trepaban como hormigas, nada los hacía flaquear. Alcanzaron una pendiente de lámina, el techo destrozado que perteneció a alguna vivienda. La usaron como rampa. Karen iba descalza. Al pisar la lámina hirviente, se quemó las plantas de sus pies. Una llaga más. Para entonces, un tailandés ya se había unido al grupo. Las señas fueron igualmente útiles para expresar el desconuelo. Karen, adolorida, cansada y desesperada, no quería ya seguir. La arena y el agua tapaban todas sus cavidades, sentía ahogo, veía y escuchaba poco, perdió la fuerza. Por primera vez temió que Jacobo estuviera muerto. ¿Cómo podía ella salvarse sin su marido?. ¿cómo podía sobrevivir sin él? No quería ya dar un paso más. Ahí se quedaría. Sus salvadores, de quienes hoy lamenta no recordar ni siquiera su nombre, le insuflaron esperanza. Insistían que Jacobo seguramente viajó como ella entre las olas, que seguramente estaba tratando de sobrevivir en algún otro rincón de Phi Phi. Optó por creerles, por hacerle un nudo ilusorio a la cuerda del desconuelo. Eran quizá las 11 de la mañana, el sol todavía no llegaba al cenit. Hacía tan sólo dos horas, ella y Jacobo desayunaban plácidamente. ¿Despertaría de la sofocante pesadilla? Se recargó en un tambo saturado de agua salada. El calor era infernal, el silencio escalofriante. Los dos alemanes y el tailandés estudiaban la zona y decidían cómo seguir. Sólo de vez en vez se escuchaba la voz herida de alguna víctima o el lamento ardiente de quien sobrevivió. Abotargada, pensó que moriría de un infarto. A medida que ascendían, podían ver la zona devastada. El paraíso era fango y horror, montañas de escombros, bosques de muertos. Karen seguía gritándole con desesperación a Jacobo. Le hacía promesas a Dios, sería más piadosa, más apegada a los preceptos de la religión, iría contra sí misma si fuera necesario, sólo anhelaba encontrarlo. A lo lejos vieron venir una nueva ola, implacable. Sin duda, era una réplica. La distancia impidió que el agua los alcanzara. Temían la tercera ola, más fuerte aún. El pánico y la adrenalina eran freno y motor, el calor y la sed eran ya insoportables. Por todos lados surgían más montañistas, escalando sin rumbo, cada uno inventando su ruta, de un edificio a otro abrían sendas que improvisaban con frágiles varas de madera. Karen recuerda a una joven desnuda, tambaleándose, asustada, que cubría sus senos con un pequeño backpack. Estaban inmersos en una jungla de salvajes, perdieron su humanidad. Cobró ella conciencia de su propio cuerpo. Tenía puesto sólo su bikini con estampado de tigre, su piel estaba llagada de sol, dolor y mar. A su paso encontró un tendedero. Tomó unos shorts azules de fútbol, una playera roja con el instintivo “staff” y unas enormes chanclas de plástico. Prendas que quizá ya nadie reclamaría. Ese sería su uniforme, sus únicas pertenencias en los días subsecuentes. Con otra playera se hizo un torniquete en la rodilla. Seguía sangrando. A falta de más edificios a la vista, sus líderes decidieron ascender trepando palmeras, como monos salvajes. Los insectos y los millones de mosquitos de esa tupida maleza parecían tener un banquete con la sangre coagulante de sus heridas. Había que seguir. Las pocas construcciones que ahora encontraron parecían acartonadas, pero estaban intactas. Modestos hogares de tailandeses en la montaña que contrastaban con los bellos bungalows de la zona turística. Justo en ese preciso momento alguien gritó: “Viene la tercera ola”. El pánico cundió y los pobladores comenzaron a correr, era un avispero de almas despavoridas. Pensando que sus amigos

alemanes habían subido por una escalera, Karen tomó ese rumbo. Ahí encontró un bar. Algunos se aprovechaban de la tragedia para robarse la bebida. Sólo una mujer negra lloraba desconsolada; otros, distantes, se empinaban con cinismo las botellas de alcohol y fumaban alucinados. Karen tomó dos botellas de agua y siguió a las hordas que cruzaban una pared rota hacia la jungla tropical. Se aferró a una liana. Sus fuerzas mermaban. Se le resbaló una chancla, perdió el equilibrio y comenzó a rodar más de dos metros al vacío. Unos travestis tailandeses la escucharon caer de bruces. Hombres con busto, maquillados de mujer. Le aventaron una cuerda y poco a poco logró subir. Exhausta, llegó nuevamente al bar. Ya no había ningún occidental, solo tailandeses. Desconsolada, se sentó a llorar por vez primera. No tenía a quién seguir. Perdió a Jacobo, perdió también a sus amigos alemanes, perdió la esperanza de vivir. Eran apenas las doce del medio día y estaba sola, más sola que nunca. Mañana: Desde la cima.

Desde la cima (Parte cinco)

por Silvia Cherm S.

Acongojada, lloró. Su alma hervía, no podía ya más. Pasó otra eternidad, hasta que se atrevió nuevamente a levantar el rostro. A través del agujero de la pared del bar, vio a un güero que escalaba. Do you speak english?, preguntó. Yes. Era sueco y su novia tailandesa. Se llamaba Christian Abt; ella, Lyons Narumon, originaria de Phuket. Su objetivo era el mismo: ascender. Los locales decían que venía una nueva ola, tan violenta que cubriría la totalidad de Phi Phi. El pánico de morir se generalizaba.

Karen no podía ya moverse, las heridas de sus piernas eran profundas, el dolor de tantos golpes punzaba su cuerpo. Christian la jalaba, Lyons la empujaba. Ellos también se habían hospedado en un bungalow del PP Princess, pero justamente en el minuto de la devastadora ola, estaban haciendo su check out en la recepción del hotel, alejada del istmo de arena blanca. El agua no los tocó. En aquella jungla de vegetación impenetrable, los árboles y la maleza comenzaron a volverse cada vez más espesos y abundantes. No se veía ya la playa, proliferaban los insectos y existía el temor de hallar serpientes venenosas. Las ramas latigueaban al pisarlas. Una de ellas, golpeó fuertemente en la pierna de Karen. Se le enterró en la rodilla y no había forma de parar ya el impetuoso chisguete de sangre. Christian buscó un tronco para sentarla. Traía consigo una mochilita. Le dio un Dolac y untó crema en las heridas de Karen, temía que se infectaran, había que impedir que los mosquitos siguieran acechándolas. Lloraron juntos, se abrazaron aterrorizados.

Había que seguir. Durante dos o tres horas escalaron ayudándose de lianas, ramas y piedras. La vegetación era tan espesa, que no entraba ni un rayo de luz. Olía a fresco, a mojado. A lo largo del camino, Christian iba escarbando en su mochila, buscaba su celular, estaba seguro que lo llevaba consigo, pero no lo hallaba. A medida que se aproximaban a la cima, veían más y más gente. El 95% de ellos, tailandeses. No había por dónde subir, dónde sentarse. Cada pequeño espacio estaba copado por personas traumatizadas, lloriqueantes.

Decidieron descender un poco, quizá del otro lado encontrarían refugio. En la terraza de una cabaña, escucharon el lamento de una niña tailandesa. Le contó a Lyons, que había perdido a toda su familia. Ahí llegó también un aldeano en busca de lesionados. Traía una maleta de primeros auxilios, quería ayudar. Poco a poco fueron llegando más personas. Karen era la única herida y se convirtió en el foco de atención. Sólo ella era una milagrosa sobreviviente.

Este hombre le untó mertiolate en casi todo el cuerpo, le dio toallas sanitarias para colocar sobre las profundas heridas. Ella insistía, había que localizar a Jacobo. La gente escuchaba estupefacta su historia. Lyons traducía al tailandés. De la cabaña, salió una pareja, aparentemente de franceses. Acababan de despertarse.

What happened to you?, preguntó él, con su acento francés. Para él apenas amanecía. Se aterrorizó ante el rostro de Karen. Ella se miró entonces en un espejo. Daba yo lástima, hasta a mí misma. Mi pelo esponjado era la cabellera de una leona salvaje, tenía ramas, arena, escombros. Mi cara, color papel, estaba rajada. Mi mirada perdida. Les dije que regresé de la muerte, que me explotó una bomba encima, que ellos tenían la suerte de haber estado dormidos, de no haberse enterado de nada.

No olvidaría ella el reflejo que le regresó aquel espejo. Su rostro sonámbulo, prisionero de la tragedia. Mientras usaba el baño, Christian y Lyons le relataron a esta pareja la pesadilla que padeció la isla. A Karen le ofrecieron su cama, un refresco y unas papas de alga que tenían. Hablaban en inglés. Sólo hasta un par de horas después, Karen sabría que la mujer no era francesa, que el esfuerzo por entenderse en inglés había sido inútil. Era ella latinoamericana.

Karen se recostó, pero no pudo dormir. Cada diez minutos brincaba sobresaltada, recordaba el ahogo, la desesperación bajo el agua. Las imágenes volvían una y otra vez. Necesitaba saber dónde estaba su esposo.

Salió del cuarto y vio a Christian hablando por celular. Finalmente había encontrado su aparato. Según sabrían después, sólo escasas llamadas salieron de Phi Phi, quizá no más de diez porque las líneas telefónicas se cayeron con el tsunami. Él pidió ayuda. Karen llamó a México. Eran las 4 de la mañana y su mamá contestó entre sueños. Mamá, no sé qué pasó, vino una ola, no sé si Jacobo está vivo o muerto, la isla está destrozada. Sus palabras parecían balas de metrallera. Yo estoy bien. No te entiendo, Karen, estoy dormida.

Su madre prendió CNN y comenzó a ver imágenes. Hablaron 5 o 10 minutos, Karen no paró de llorar. Algunos helicópteros sobrevolaron la isla, pero era tal la devastación, que no podían descender en ningún sitio. Karen era la única herida en la cima de la montaña. Hacían señas, querían sacar a Karen de ahí, sus heridas estaban supurantes, infectadas. Del cielo no había respuesta.

El francés optó por buscar cómo sustraer a Karen de Phi Phi por vía marítima. Regresó un par de horas después, esperanzado. Encontró el camino. Una lancha carguera, desvencijada, estaba por irse. Aceptaba llevársela. Fue una fortuna más de su destino. Si

se hubiera quedado un día más, como les pasó a algunos lesionados que pasaron más de 48 horas en la isla hasta que llegó la ayuda inicial, las heridas pudieron habersele gangrenado y hubiera ella podido sufrir la amputación de alguna de sus extremidades. En el puerto, los muertos ya comenzaban a apilarse, algunos estaban ya cubiertos con sábanas. Una madre se arremolinaba entre ellos buscando a su bebé ahogado. Karen se iba deteniendo uno a uno, les miraba las manos, las piernas. Evitaba los rostros. Buscaba a Jacobo y él ahí no estaba. Quizá era una esperanza.

Olía a podredumbre y los moscos lo invadían todo: comida, desperdicios y muertos. El Hotel Holiday Inn, parcialmente dañado, se había convertido en hospital. Los camastros y los sillones que sobrevivieron al desastre, servían de camillas. Eran pocos los heridos, mucha más era la gente que buscaba huir. Había filas interminables de personas con maletas. Todo en la playa estaba revuelto, era inmundo. Peces muertos, puertas rotas, vidrios, desolación, montañas de cadáveres. Más de cincuenta toneladas de basura en una isla que quedó devastada en un 70%. Nuevamente Karen iba descalza, las heridas de sus pies no soportaban ningún zapato. Tenía la sensación de pisar cuerpos enterrados en la arena. El mar, a lo lejos, lucía bello e indefenso.

Hacía 24 horas, Karen Michan había llegado a la isla paradisíaca con su esposo, Jacobo Hassan, y hoy ella, solo ella, viajaba embarcada en una pequeña lancha carguera, tan sobrecargada con una veintena de pasajeros, que estaba a escasos centímetros de hundirse en el océano. No viajaría así a Phuket, nunca llegarían. El objetivo era llevar a Karen a un ferry de turistas, para que la condujeran a un hospital lo antes posible.

Hace 24 horas, ¿cómo pude haberle dicho a Jacobo que era ése el peor día de mi vida? No sabía yo lo que decía, no conocía la palabra tragedia. Ahora no estaba él conmigo para disculparme, para decirle que ya no vomitaba ante el mareo. Ahora sí, había pasado el peor día de mi vida.

Mañana: La esperanza

La esperanza (Parte seis)

Por Silvia Cherem S.

En el ferry había cerca de 250 pasajeros. Algunos turistas que paseaban sin saber aún la magnitud de la tragedia, e innumerables heridos que, como ella, fueron sumándose a la embarcación. Viajamos tres o cuatro horas, ni siquiera me acordé de marearme. Mi único objetivo era dejar inscrito el nombre de Jacobo en todas las posibles listas de desaparecidos. Junto a mi nombre, injured, quedaría el de Jacobo, missing.

A las diez de la noche, del mismo 26 de diciembre, Karen arribó a la isla de Phuket. En una ambulancia, junto con otros seis heridos, fue transportada al Hospital Vachira, una institución gubernamental de escasos recursos. Fue ella de los primeros lesionados en llegar. Con el paso de las horas, este hospital, que concentró a los damnificados de todas las islas tailandesas, se convertiría en un hervidero.

Sentados en sillas a lo largo de interminables pasillos, un numeroso grupo de voluntarios atendía a quienes iban llegando. Un hombre le inyectó a Karen xilocaína en cada una de las heridas y sin mucho oficio procedió a coserlas. A quienes ella veía pasar, les insistía: My name is Karen Michan, I'm looking for Jacobo Hassan. Quería que alguien se apiadara de ella, que le ayudaran a encontrarlo.

Cojeando intentó buscar a Jacobo en todos los cuartos y rincones del hospital. No lo encontró. Tampoco pudo hablar a México, las líneas estaban saturadas. En un cuarto al fondo de aquel hospital, viejo y sucio, leyó en una cartulina: "free email". Había tres computadoras, todas desocupadas.

En México eran las once de la mañana. En el messenger sólo estaba conectado un primo suyo que vivía en Israel. "Comunícate a mi casa, pídeles que se metan a messenger", escribió. Asimismo mandó un mensaje a los celulares de sus amigos: "Salo, Marc y Jacobo: Hola soy Karen, acaba de pasar un desastre natural en la isla, yo estoy bien, pero no sé nada de Jacobo. No sé si está vivo o no. Por favor comuníquense a mi casa, díganles que estoy bien, que se conecten a messenger".

Desesperada, buscaba más conocidos. Mateo, un amigo de la universidad, estaba conectado, pero no respondía. Escribió un mensaje y desapareció de la red: "Karen no te preocupes por tus materias, ya te arreglé todo, disfruta tu luna de miel".

Renovando la esperanza

Un enfermero comenzó a llamar: Karen Michan, Karen Michan. Con enorme emoción le dijo que habían encontrado a su esposo, estaba vivo, en el mismo hospital. Tenía, sin embargo, mucha agua en los pulmones. En ese momento, en la recepción, entró una llamada de la cónsul de México en Tailandia. Festejó ella la noticia, le dijo a Karen que el Embajador se encargaría de llamarle a su familia para darles la buena nueva.

En silla de ruedas la condujeron a encontrarse con Jacobo. Estaba vendada y moreteada, el camillero pensó que no podría dar un paso. Ella se desesperó ante la lentitud de su enfermero y se levantó para moverse por su propio pie. Buscó entre el medio centenar de heridos de cada cuarto. Parecía el fin del mundo. Había hombres con vidrios encajados por todo el cuerpo, otros con los huesos destrozados. La única mujer que Karen encontró era una israelí que lloraba desesperada. Le contó que había estado inconsciente varias horas y que el tsunami la sorprendió mientras dormía con su novio. Él, como Jacobo, estaba desaparecido.

Escuchó historias, se contagió del dolor multiplicado, reconoció su rostro sucio y dolorido en la cara de los demás. Jacobo, sin embargo, no aparecía. Frustrada, preguntó de dónde salió la información. Pegada sobre una mampara, afuera del hospital, había un listado. Entonces lo entendió. El 276 en la lista era Jacobo Hassan y el 277, Karen Michan Hassan. Era imposible que sus nombres fueran subsecuentes, Jacobo no había llegado con ella. Tantas veces dio su nombre y el de Jacobo, que alguien confundió los datos y los anotó a ambos como sobrevivientes. Todo era un doloroso malentendido.

A la una y media de la mañana regresó a internet. Abrió su mail y, como una ironía del destino, encontró el mensaje que Jacobo le había enviado dos días antes: “Mi vida solo quiero decirte q te amo y que estas 2 semanas que hemos vivido juntos han sido las mejores de mi vida y vamos a ser los más felices del mundo. Te amo hoy y siempre, tu amado esposo”.

Comenzó a recordar los momentos de la luna de miel. Se veía cantando con Jacobo las canciones de Blanca Nieves en el parque de San Francisco. Lo imaginaba corriendo para que la cámara nuevamente los tomara juntos, abrazados, ahora en ese espantoso hospital. Venían a su mente los coqueteos y los besos. Las exóticas frutas que se dieron de comer en la boca, paseando en una lancha en Bangkok. El pánico de ella y las carcajadas de él en la rueda de la fortuna de Hong Kong. Las miradas en el metro de Shanghai. Los últimos momentos en Phi Phi. Extrañaba su argolla y su anillo de compromiso que se había quitado en la cabaña, un instante antes del tsunami. Anhelaba encontrar a Jacobo, nada más le importaba ya en esta vida.

Al fin, su familia se conectó en messenger. Estaban todos juntos, sus papás y los de Jacobo, los hermanos y cuñados. Decían que estaban felices, tranquilos, que había sido un milagro encontrar a Jacobo. La emoción les duró sólo una hora. Supieron ahora, cerca de las dos de la mañana del día 27 de diciembre, tiempo de Tailandia, que él seguía desaparecido y que Karen los necesitaba en ese momento más que nunca.

Isaac, su hermano, la sorprendió: “No te preocupes, mis papás y los de Jacobo irán para allá. Mientras tanto están por llegar mis amigos”. ¿Quiénes y qué día llegarán?, preguntó ella sabiendo que cruzar el océano desde México podía tardar más de 36 horas de viaje. “Rafa, Abraham, Marcos y Moy estarán ahí en 15 minutos”. Sin que Karen lo supiera, los amigos de toda la vida de su hermano, habían estado en Phi Phi el día 26 y se habían salvado de milagro.

A la hora del tsunami, viajaban en el ferry que salió a las 9 de la mañana de Phi Phi rumbo a Phuket, porque su vuelo desde esta última isla rumbo a Bangkok salía esa misma tarde. Habían titubeado si embarcarse a las 9 o a las 11. Una decisión aparentemente intrascendente les había salvado la vida.

En altamar no se sintió nada. El ferry, sin embargo, ancló un par de horas a la mitad del océano porque el capitán recibió órdenes de alejarse de las costas. Los cuatro mexicanos, según contaron después, protestaron furiosos, insistían que por culpa de un marinero inepto perderían el vuelo. Ni aún llegando a Phuket estuvieron dispuestos a dimensionar la tragedia. A pesar de que el taxista les dijo que el aeropuerto estaba cerrado, se empeñaron en que ahí los llevaran.

Al llamar a México para avisar que los tailandeses los tenían atrapados, sin poder viajar, la mamá de Moisés Bissu les avisó que era urgente que llamaran a Isaac Michan, en México. Fue así como pudieron ellos llegar al Hospital Vachira para encontrarse con Karen, y para darse cuenta, al fin, que Tailandia era zona de desastre.

Al verlos se me iluminaron los ojos, me solté a llorar. Estaban perfumados, recién bañaditos, no sé cómo fue que el destino me los mandó. Se quedaron pasmados ante mi facha: vendada, herida, con los pelos erizados. Yo que me preocupó tanto por arreglarme, era un harapo. Me dolía hasta el último hueso. Estaba sucia, maloliente, destrozada.

“Los cuatro fantásticos” se movilizarían para buscar a Jacobo en los hospitales de la isla. Llevaba ella casi 24 horas sin comer ni dormir, pero su presencia era un refrescante alivio. Mientras ellos investigaban qué hacer, Karen pasó el resto de la noche conectada en internet con amigos y familiares.

Escribió el nombre de Jacobo en una infinidad de bases de datos de personas perdidas. Al recibir, por intermediación de su hermano, la foto del columpio que ella conservaba en su computadora, comenzó a añadir la imagen a las listas cibernéticas. Asimismo imprimió cientos de copias para pegarlas en el City Hall de Phuket y en todas las mamparas imaginables. Comenzaban ya a llegar los periodistas. Un periodista latino de Reuters, se hizo cargo también de la foto. Prometió divulgarla. Todo el mundo tenía que saber que Jacobo estaba perdido, que tenían que encontrarlo.

Mañana, última parte: La página final

La página final (Séptima y última parte)

por Silvia Cherem S.

Moy Bissu, Rafael Levy, Marcos Attie y Abraham Farca, hospedados en Phuket en el Hotel Metropol, le dieron a Karen vestimenta y cobijo. Intentaban que descansara, ya había padecido demasiado. Con enorme dificultad, trató de darse un baño. Tenía heridas profundas, sangrantes, algunas sin costura. Sus dedos rebanados le impedían lavarse y le resultaba imposible que el agua penetrara su cabello, saturado de ramas, arena, nudos y hojas. Se vistió con la ropa de sus amigos, inclusive con sus enormes trusas.

Trató de dormir. Fue imposible. Las imágenes de la ola, la despertaban agitada, no sabía dónde estaba. Temía estar cerca del mar, que todo recomenzara otra vez. Un joven chileno alto y flaco, bien parecido, tocó con insistencia a su puerta. Le contó a Karen que conoció a los mexicanos en el hospital. Se llamaba Aurelio Montes, venía de Phi Phi, del PP Princess.

Desde la montaña, mientras rapeleaba, vio cómo la ola se fue tragando a la isla, arrasando con todo. También él estaba de luna de miel. Su esposa, Francisca Cooper, nadaba en la alberca. Fue ése el único momento de su viaje en que se separaron. Se resistía a creer que estuviera muerta. Lloraba desconsolado.

Compañeros del mismo dolor, Aurelio y Karen regresaron al hospital para seguir buscando a sus respectivas parejas. Llevaban ya muchas horas sin sueño ni alimento. Supieron que un barco con 700 personas venía de Phi Phi, con los últimos sobrevivientes. Los heridos irían al Hospital Vachira, el resto al City Hall. Los cadáveres estaban siendo concentrados en la isla de Krabi.

Karen tenía tanto frío, que no percibía el agobiante calor. Sus heridas estaban infectadas, tenía fiebre. Desganada, apoyada en un sillón que inundó de arena, buscó a Jacobo entre los nuevos damnificados. De su nariz, pelo y orejas salían minerales y lodo. Ya no escuchaba, sentía presión en los oídos, estaban taponados. Le dolía todo el cuerpo, desde el dedo gordo hasta el último músculo del torso y los brazos. Los moretones se extendían, las heridas seguían sangrando.

Ninguno de los nuevos damnificados había sobrevivido a la ola, eran heridos con rajadas leves. ¿Cuántos muertos habría?, pensaba Karen. Comenzó a perder la esperanza. A ratos, regresaba al internet. Sus amigos de México la criticaban, no la podían entender. Insistían que Jacobo estaba vivo y que ella se equivocaba en dudarlo. Entre más los escuchaba, más culpable se sentía.

A las afueras del City Hall, ella y los cuatro fantásticos se subieron de camión en camión. Llevaban la fotografía de Jacobo, se la mostraban a todos los pasajeros para preguntarles si alguien lo había visto. Sí, respondió un hombre, viene en otro camión. Se subieron a más de una veintena de ellos. Era falso, Jacobo no estaba ahí.

Los reporteros y las antenas de todo el mundo comenzaron a llegar. Asimismo los representantes de embajadas. Karen ya contaba con el apoyo de México. Quiso también hablar con el Embajador de Israel, su madre es israelí. Le pidieron signos particulares de identidad de Jacobo. Fue recordando: cicatriz en forma de I latina en la rodilla, tornillos y placa de metal en la muñeca izquierda, cicatriz en forma de Z en esa misma muñeca, rayas en la frente, cicatriz de lunar en el cachete derecho, cicatriz en la nalga, circuncidado. Le solicitaron asimismo las placas de los dientes, pediría que se las enviaran sus familiares desde México.

El gobierno tailandés comenzó a pegar en una pared las fotografías de los muertos. Eran irreconocibles. Estaban deformes e hinchados por los golpes y el agua; las narices infladas, los ojos saltones, el rostro verdoso y en algunos casos morado, negruzco o putrefacto. No podía ni siquiera definirse a ciencia cierta, si la víctima había sido oriental u occidental, joven o viejo, hombre o mujer. Los expertos aconsejaban enfocar la atención sólo en la forma de las cejas, en las entradas del cabello. El número de fotos de cadáveres era creciente. Algunos, con los ojos bien abiertos parecían sorprenderse ante el mundo que dejaban.

¿Cómo podía uno soportar tanto dolor, tanto stress, tanta frustración? Pasaban los días revisando los hospitales de Phuket, las fotografías de muertos, y hasta la morgue en Krabi. Jacobo no aparecía. ¿Podía aún estar inconsciente?

En México, la fotografía de Karen y Jacobo aparecía en las primeras planas de los diarios y en todos los noticieros de televisión. Ella no imaginaba que todo el país sabía de su tragedia, ella se había convertido en una figura pública. Gente que tenía años de no ver, le mandaba mensajes. Le insistían que tenía que ser fuerte – cómo si no lo fuera –, que todo volvería a la normalidad. Una persona inclusive le relató que habló con una vidente, le aseguró que a Jacobo, aún inconsciente, lo estaban cuidando unos nativos en una isla cercana. Se recuperaría. Todos se sentían con la capacidad de insuflarle esperanza a Karen, y ello, paradójicamente, la quebraba. Deseaba encontrarlo; deseaba también poder empezar a vivir su duelo aceptando la verdad.

El miércoles temprano llegaron los papás de Karen y de Jacobo a Phuket. En el camino al aeropuerto, sonó el celular. Era un reportero de la Revista Proceso. Karen no quiso atenderlo, sentía violada su intimidad.

Al ver a su madre, buscó su abrazo. Estaba Karen serena, fuerte, no derramó una sola lágrima. Los reporteros y corresponsales de agencias comenzaron a acosarla, los flashazos no paraban. Buscaban víctimas y Karen, cuya fotografía estaba en todos los rincones de Phuket, era ya vieja conocida. Me sentía invadida, me acosaban como si fuera estrella de Hollywood caminando sobre la alfombra roja. Les pedí una y otra vez que me dejaran en paz. No querían escuchar. Harta y desesperada, me levanté a gritarles con una furia incontenible que ya era suficiente dolor, que no soportaba más. Perdí el control. Esa imagen de franca desesperación, fue la que recorrió el mundo. Los periodistas, con gran cinismo, se aprovecharon de mí, buscaron exasperarme y obtuvieron su premio: la toma morbosa que tanto anhelaban.

Karen, que estudia comunicación, comenzó a cuestionar la irresponsabilidad, la falta de ética de tantos periodistas. Hubo reporteros que llegaron a declarar que estaban informados porque eran “los mejores amigos de la familia”. De la noche a la mañana, Karen se llenó de “nuevos amigos”, gente chismosa que se engalanaba con su tragedia. Ese mismo miércoles, en México se anunció en la radio que Jacobo había ya aparecido. Era una mentira más.

Las heridas de Karen estaban muy infectadas y su salud mermaba. Su madre la llevó a un hospital privado donde descosieron y rasparon. Esa dolorosa tortura de someterse a arañazos para evitar que las heridas supurantes así cicatrizaran, fue inevitable durante más de una semana.

Los padres de Jacobo y el papá de Karen, después de recorrer los hospitales de Bangkok, Patong y Phuket, de revisar las interminables listas de cadáveres, y de visitar la morgue, tomaron la decisión de viajar en lancha a Phi Phi. Sólo encontraron montañas de cadáveres en bolsas azules. Era un pueblo fantasma, pestilente.

El papá de Karen quiso llegar al PP Princess. Ya no existía más. Al estar ahí, se dio cuenta que su hija había vuelto a nacer. El desconsuelo de aquella isla era devastador, no había ya ninguna señal de vida. Un sueco, que también buscaba a algún familiar, les pidió aventón de regreso en la lancha. Traía consigo una bolsa de plástico que encontró en la isla. Estaba llena de pasaportes. Él no había hallado nada, pero a la mejor ellos corrían con mejor suerte. Milagrosamente apareció el pasaporte de Jacobo.

Le preguntaron a Karen si Jacobo traía su pasaporte consigo. Ella respondió que no, ni siquiera supo por qué se lo preguntaban. Horas después, al hilar los cabos, recordó que Jacobo había regresado al cuarto para buscar su pasaporte, quería cambiar traveler checks porque ya no tenían dinero.

Ante la desesperanza y la incapacidad de buscar más, ambas familias regresaron a México el 2 de enero. Unos días antes, Karen recibió en el hotel las dos petacas que ella y Jacobo habían dejado en custodia en el muelle de Phuket. Los encargados, al ver su fotografía y constatar que ella sobrevivió, la buscaron. Karen ni se acordaba de aquel equipaje, pero los agentes marítimos sí. No

querían quedarse con lo que no les pertenecía. Le regresaron inclusive el dinero que ella y Jacobo habían pagado para el taxi que los llevaría del muelle de Phuket al aeropuerto.

En México, Karen comenzó a dormir con la pijama que Jacobo había dejado en la maleta olvidada. En sueños le rogaba que le mandara alguna señal, necesitaba saber si estaba vivo. La madrugada del 5 de enero, en la morgue de Krabi, los israelíes de Zaka, con la ayuda de un detector de metales, encontraron la placa en la muñeca de Jacobo. Todas las señas de identidad coincidían. Curiosamente, él esperaba a regresar de su luna de miel para retirar los clavos y la placa de esa fractura antigua.

El cuerpo había sido hallado en Phi Phi el 31 de diciembre, a la hora en que sus padres recorrieron la isla. En una de aquellas bolsas azules acababa de ser introducido Jacobo. El equipo que limpiaba los cadáveres, con irresponsabilidad, quitó los pasaportes y las señas de identidad de los cuerpos. Por eso, el pasaporte de Jacobo estaba ahí.

Jacobo llegaría a México el día 8, para ser enterrado el domingo 9 de enero. El cuerpo estaba ya tan descompuesto y desfigurado que nadie se atrevió a abrir la caja. Así se le dio sepultura. Karen llegó a dudar que hayan enterrado a Jacobo. Sólo se convenció cuando unas semanas después, Julián Ventura, Director para Asia-Pacífico de la Secretaría de Relaciones Exteriores, le llamó para decirle que por un error del equipo tailandés, el cuerpo llegó a México sin una bolsa que debía haberlo acompañado. Él la tenía en su poder, quería entregárselas. La bolsa contenía el reloj que Jacobo llevaba puesto y su argolla matrimonial con el nombre de Karen y la fecha de su matrimonio, 4 de diciembre del 2004, grabados en el interior. No había duda, era Jacobo Hassan Cassab. El ciclo logró cerrarse. En México, descansaría en paz.

Después de la pesadilla, mi futuro aún es incierto, dice Karen. No olvidaré jamás aquel 26 de diciembre del 2004, no olvidaré nunca a Jacobo. He dejado de ser chillona e insegura. Yo también me sorprendo de lo que pasé y de la fuerza con la que lo enfrenté. Quizá sobreviví porque tengo una misión en la vida. Aún no la conozco, pero estoy segura que lograré cumplirla.